

ENTRE LA BIBLIA Y LA CATEQUESIS

SEGUNDA PARTE *

La Instrucción vista desde la Catequesis, o la adaptación, constante de la Catequesis

Cuántos catequistas habrán pasado sobre este documento, a lo más con curiosidad bíblica; probablemente, con absoluta indiferencia profesional: al fin, pensaron, se trata de una instrucción de tipo científico, que profesionalmente carece de interés para nosotros. Están equivocados. Por una vez, la Pontificia Comisión Bíblica dice también a los catequistas palabras orientadoras; pocas, breves —esto excusa la posible desatención primera— sumamente densas: por eso es menester leerlas despacio, so pena de quedarse «rezagado» en un momento histórico en que todo —materia y pensamiento— camina vertiginosamente. Las reflexiones que siguen pretenden, nada más, facilitar a los catequistas ⁴¹ ese trabajo.

LA ADAPTACIÓN COMO FENÓMENO VITAL.

La adaptación es, ante todo, un fenómeno biológico, que supone en cualquier organismo viviente una capacidad ordinaria de reacción frente al medio natural o artificial en que se halla. Sólo secundariamente, derivadamente, la singular habilidad y los cuantiosos

* Vid. SINITE, 6 (1965), 31-51.

⁴¹ Remitimos de nuevo a la nota (35).

recursos sico-somáticos del hombre para dominar su propia circunstancia vital, hacen de la adaptación un fenómeno superiormente humano; fenómeno cuya suprema dignidad y perfección se hallan en el orden del espíritu, al nivel de la comunicación interpersonal.

La Pedagogía sabe mucho de la explotación de este factor educativo —el tercero, supuestos el agente y el sujeto— pero indispensable, ya que sobre él se monta la estructura misma de la relación educativa, cuya eficacia, por otro lado, condiciona irremediablemente.

De aquí se sigue que, si en cualquier nivel de la acción formadora es imprescindible tener presentes las circunstancias más o menos complejas de cada educando, al tratarse de su formación religiosa, la adaptación cobra carácter de especial urgencia, si es verdad que durante un corto —por desgracia— período de tiempo ponemos en juego, en el niño, al hombre religioso, cristiano, que ha de ser; y, con ello, al hombre entero. Ciertamente, más tarde podrán ocurrir muchas cosas imprevisibles para nosotros; pero el que eso no suceda de manera habitual («*potentia Dei ordinata*»), a la vez que quita sabor pelagiano a las afirmaciones precedentes, es un toque de alerta para nuestra continuada renovación catequística.

LA ADAPTACIÓN, CONSTANTE DE LA CATEQUESIS CRISTIANA.

1.º *En la pedagogía de Dios.*

Repetidas veces se ha querido poner de relieve la pedagogía de Dios en la Biblia⁴². Pedagogía de un Dios que se abaja a las estrecheces mentales de su pueblo, que le habla su lenguaje al aceptar la expresión más o menos torpe, pero familiar, de los hagiógrafos; que, en fin, transige con toda suerte de limitaciones culturales, algunas incluso de tipo religioso. Es una pedagogía de «encarnación» —por usar el símil de Pío XII—; es una pedagogía de «condescendencia», como vio ya en su tiempo San Juan Crisóstomo⁴³. Sencillamente, pedagogía —catequesis— de adaptación.

⁴² CANTINAT, J., *La pédagogie de Dieu dans la Bible*, (Ancien Testament), Les éditions ouvrières, Paris, XIIIe, 1960.

⁴³ Cfr. EB 644.

2.º *En la pedagogía de Jesús.*

Se ha escrito también acerca de la pedagogía de Jesús ⁴⁴, tomando, naturalmente, como base las referencias del Nuevo Testamento. Comparaciones, alegorías, acciones simbólicas, punzantes llamadas al corazón, apóstrofes encendidos..., fueron otros tantos recursos imaginativos, afectivos o sensoriales empleados por el Maestro para prender en ellos el mensaje del Padre y hacerlo llegar con mayor seguridad a la circunstancia concreta de sus oyentes.

Y, sobre todos, las parábolas: «les predicaba la palabra con muchas parábolas..., según que eran capaces de entender, y sin las cuales nada solía hablarles» (Mc. 4, 33. 34; Mt. 13, 34). Jesús, primer mensajero —primer catequista— de la Nueva alianza, llevó su adaptación hasta hacerse en todo semejante a los hombres, excepto el pecado (Heb. 4, 14). Oigamos en la *Instrucción* un eco, el más solemne que hubiéramos apetecido, de estas afirmaciones: «El Señor —dice— cuando exponía verbalmente su doctrina, seguía los modos de razonar y de explicarse comunes en aquel tiempo, acomodándose [«*accommodans se*»] así a la mentalidad de su auditorio, y procurando que cuantas cosas enseñaba se grabasen hondamente en el espíritu de sus discípulos (*Instr.*, 2).

3.º *En la pedagogía apostólica.*

Por su parte, los Apóstoles, testigos de Jesús (Act. 1, 8; 2, 32; 3, 15), mensajeros de su palabra (2 Cor. 4, 5; 11, 4), seguidores suyos desde el principio (Lc. 1, 2; Act. 1, 21. 22), sin perder de vista la exposición exacta de la vida y palabras del Maestro (Act. 10, 36-41), también «tuvieron presentes en su manera de predicar, las circunstancias en que se hallaban los diversos oyentes» (*Instr.*, 2), puntualiza textualmente la *Instrucción*. De esta forma guardaron a su Maestro desde el principio una doble fidelidad —doctrinal y didáctica— que presidió luego el desenvolvimiento de toda la tradición oral, con otras palabras, de toda la catequesis cristiana primitiva.

Es importante la doble puntualización del documento acerca del papel desempeñado por los Apóstoles en la proclamación del mensaje de Jesús. Importante, desde luego, para dejar sentada la fide-

⁴⁴ CANTINAT, J., *La pédagogie du Christ*, Les éditions ouvrières, París, XIIIe, 1961. RODELGO, L., *Pedagogía y didáctica de Jesús*, Atenas, Madrid, 1961.

lidad sustancial a las enseñanzas del Maestro. Pero importante también porque concede al Apóstol-catequista un margen amplio para la iniciativa personal —para la adaptación— en cuanto a los modos concretos de transmisión; modos que pronto repercutirán medularmente en la fijación escrita, tanto de pequeñas unidades literarias, como en la estructura interna de la síntesis final.

Estamos demasiado acostumbrados a ver en los Apóstoles repeditores serviles de Jesús, cuyas palabras *doblan* con precisión magnetofónica⁴⁵. Sin embargo, al alcance de cualquiera estaba observar cómo los esquemas del kerigma primitivo conservados en los Hechos de los Apóstoles, se mueven con soltura, con hueco para la *interpretación* iluminada de cada Apóstol, dentro de una fidelidad escrupulosa a la doctrina y a los acontecimientos reales⁴⁶.

Por su parte, la Instrucción de la Comisión Bíblica sale al paso de esa concepción tan «mecánica», en favor de otra más «humana», de la catequesis apostólica. También en la inteligencia del Nuevo Testamento —y no sólo en la hagiografía— el milagrismo es peligroso. ¿Quién duda que Dios *pudo* hacer, antes o después de Pentecostés, de cada Apóstol una mente privilegiada, una memoria exuberante en tenacidad? Pero, ¿ocurrió así, *de hecho*? La superior inteligencia que les fue comunicada por el Espíritu Santo (Jn. 14, 26; 16, 13) no era incompatible con su condición de hombres sencillos, limitados, que tal vez precisaban de intérpretes para «explicar las palabras y obras del Señor como lo requerían las necesidades de los oyentes» (*Instr.*, 2). Que las cosas ocurrieran de esta forma, nos lo garantiza el siguiente texto de la Comisión Bíblica: «[Los Apóstoles] asiduos al ministerio de la palabra, predicaron adoptando diferentes modos de expresión, en consonancia con el fin que se pro-

⁴⁵ Cfr. art. citado de «Razón y Fe», septiembre-octubre 1964, p. 164-165. RAHNER, K., *Escritos de Teología*, V, Taurus 1964, p. 92. 100-104. A este lugar pertenecen las palabras que siguen: «... la calificación de un relato como «histórico» es en muchos casos, incluso cuando es correcta, demasiado inexacta. La declaración: relato histórico, no indica, aplicada al NT, que los discursos de Jesús, por ejemplo, sean más o menos *impresiones de magnetófono*, que a lo sumo están abreviadas por medio de omisiones. Es casi fastidioso tener que decir esto en cuanto dogmático todavía. Pero nuestro trabajo intradogmático provoca una y otra vez esta mentalidad, aunque hayamos reconocido —al menos técnicamente— que es falso pensar así. Citamos como prueba las palabras de Jesús, y nos adentramos siempre de nuevo inmediatamente en la opinión de que exactamente *así*, como las citamos, han tenido que sonar estas palabras en su boca, como si hubiésemos estado allí nosotros y las hubiésemos oído» (p. 100-101).

⁴⁶ Acerca del Kerigma primitivo será útil la lectura del documentado artículo de J. A. UBIETA, «Estudios Bíblicos» 18 (1959) 21-61: «*El Kerigma apostólico y los Evangelios*».

ponían y con la mentalidad de su auditorio, porque se debían a todos, fuesen "griegos o bárbaros, sabios o ignorantes" (Rom. 1, 15)» (*Instr.*, 2).

Cuáles fueron esos modos expresivos, de momento tiene menos interés; lo que importa ahora es dejar sentado el principio de la *adaptación* en la catequesis apostólica, a la luz del documento a que nos estamos refiriendo; principio que, traducido a términos paulinos, suena así: «Siendo yo libre, me hice siervo de todos, para ganar a los más...; me hice débil con los débiles, para ganar a los débiles; me hice todo para todos con el fin de salvarlos a todos. Y esto lo hago a causa del Evangelio, para tener alguna parte en él» (I Cor. 9, 19-23). Maravillosa formulación que urge la entrega *total* del catequista al ministerio de la Buena Nueva.

4.º *En la pedagogía de los Evangelistas.*

El fervor por el Maestro, el atractivo sobrehumano de su doctrina, el deseo de guardar en cada comunidad un compendio más o menos sustancial de las enseñanzas de un Apóstol itinerante, tuvieron que motivar el que «muy pronto [«mox evenit»] muchos intentasen ordenar una narración de los hechos» (*Instr.*, 2). Con estas palabras de Lc. 1, 1 que redondea y hace suyas, la *Instrucción* parece respaldar lo que venía siendo opinión común acerca de las pequeñas unidades literarias presinópticas⁴⁷. Que esas unidades presinópticas respondieran sustancialmente a una catequesis apostólica, ya nadie lo ponía en duda entre los autores católicos⁴⁸. Pero, ¿hasta dónde llevar la dependencia? La Comisión Bíblica no vacila en extender a los Evangelistas aquella libertad tan elemental y tan humana que gozaron los Apóstoles, de preferir modos de expresión y temas doctrinales adaptados a sus catequizandos y al fin concreto que per-

⁴⁷ Cfr. X. LEÓN DUFOUR, *Introduction à la Bible*, vol. II, Paris, 1959, página 305 ss.

⁴⁸ Basta repasar en cualquier manual las soluciones propuestas al problema sinóptico. Ni podría ponerse en duda a menos de partir —a priori— de un falseamiento en el mensaje de Jesús a cargo de los historiadores del NT, cosa que ni los defensores más radicales de la «historia de las formas» aceptan: por eso retrasan tal falsificación al tiempo de la tradición oral.

La dependencia de los sinópticos respecto de la comunidad va vinculada al hecho de que ni Mc (cfr. EUSEBIO, HE 3, 39) ni Lc (cfr. *Frag. Murat.* y Lc 1, 1.2) fueron testigos inmediatos de los hechos que narran, sino sólo fidelísimos colaboradores de Pedro y Pablo (cfr. IPtr 5, 13; Col 4, 14; Film 24; Fragmentos de Papias y Muratori). Sólo Mt pudo escribir por cuenta propia su Ev.; pero, desgraciadamente, el autógrafo arameo desapareció muy pronto, y el Mt griego tiene mucho que ver como Mc y Lc.

seguían. Y así lo hicieron al poner por escrito (nótese este segundo plano desde la predicación de Jesús) la primera instrucción apostólica [«hanc instructionem primaevam»] relativa al Maestro: «De entre lo mucho —copiamos— conservado por la tradición [catequesis apostólica], seleccionaron algunas cosas; otras las redujeron a síntesis o las ampliaron teniendo en cuenta la situación de las Iglesias particulares, y sin perder nunca de vista el que sus lectores conociesen la firmeza de la palabra que les había sido enseñada» (*Instr.*, 2)⁴⁹.

Si con frecuencia, entre gentes medianamente formadas en cuestiones bíblicas, se ha creído cándidamente que los Evangelios responden en su misma organización interna al desarrollo real de las enseñanzas de Jesús, o a la predicación de los Apóstoles, se debe, en buena parte, a que no se ha insistido bastante en la destinación *inmediata* de los Evangelios a ambientes dispares y con objetivos accidentales diversos. Los hemos encontrado desde siglos libros de Iglesia, y esto oculta a nuestra vista las circunstancias humanas de su composición⁵⁰. Sobre este punto, la *Instrucción* parece querer disipar, sin temor a repetirse una y otra vez⁵¹, toda suerte de vacilaciones: «Los hagiógrafos —dice— entre todos los materiales de que disponían, prefirieron los que consideraban más acomodados a las situaciones diversas de los fieles, y al fin que ellos mismos se proponían; y se los hicieron llegar en el lenguaje que juzgaron más en consonancia con este propósito y con aquellas circunstancias» (*Instr.*, 2).

Por fortuna, la *Instrucción* no se detuvo aquí: nos habría dejado una visión excesivamente recortada, incompleta, del papel desempeñado por los Evangelistas, limitándose a ofrecernos la imagen del

⁴⁹ Ya era del dominio común que los Evangelistas tuvieron fines peculiares dictados por la comunidad o ambiente a que destinaban sus escritos. Y así, mientras Mt —pensando en los *hebreos*— fija su mirada en el cumplimiento de los tiempos mesiánicos, a Mc le resultan más útiles los milagros realizados por el Señor, para hacer llegar a sus lectores *gentiles* la divinidad de Jesús. Lucas prefiere dar relieve a la universalidad —tan paulina— de la salud por Cristo, y Juan —que escribe en un ambiente helenista y contando ya con los sinópticos—, levanta libremente el vuelo hacia las alturas de la Trinidad, para hundirse luego en las profundidades del amor. La altura teológica del IV Ev. movió a Clemente Alejandrino a calificarlo de Evangelio «espiritual», contraponiéndolo al Ev «corporal» de los sinópticos (cfr. en EUSEBIO, HE 6, 14).

⁵⁰ Cfr. PRAT, F., *Théologie de Saint Paul*, París, 1930, p. 2-3, refiriéndose a las cartas paulinas de manera especial.

⁵¹ En el breve espacio de doce líneas se repite por tres veces que los hagiógrafos tuvieron fines peculiares; y hasta cinco veces, que los escritos responden a circunstancias vitales concretas.

Evangelista-transmisor. Para evitarlo, la Pontificia Comisión Bíblica quiso iluminar también otro aspecto importante en la redacción de nuestros Evangélicos, al añadir que los hagiógrafos no se contentaron con «transmitir», sino que, a la vez, «interpretaron, para utilidad de los lectores, los hechos y palabras del Salvador [...] al ponerlos en tal o cual contexto y al narrarlos de esta o aquella manera» (*Instr.*, 2). Afirmación breve, que lleva envuelta en su brevedad la nueva imagen del *Evangelista-teólogo*⁵². Bastaría recordar aquí las reiteradas alusiones —recogidas ya— al condicionamiento redaccional ejercido por la situación concreta de los destinatarios inmediatos, para que la *Instrucción*, superponiendo esta tercera imagen del *Evangelista-pedagogo*, haya logrado descorrernos autorizadamente la «visión panorámica» cabal del Evangelista: transmisor, teólogo y pedagogo del mensaje cristiano. *Transmisor*, porque recoge [«narrabant», «consignaverunt», «tradentes», «referre»]; *teólogo*, porque interpreta [«non simpliciter relatas fuisse..., sed praedicatas», «explicarevunt», «explanantes»]; *pedagogo*, porque adapta [«selegentes» «methodo congrua», «attendendo ad statum ecclesiarum»].

5.º *En la pedagogía del catequista actual.*

Dos aspectos estrechamente relacionados entre sí se han considerado siempre en el catequista, a saber: el de su preparación personal y el de su capacidad pedagógica. El primero exige, fundamentalmente, claridad, mucha claridad en las ideas; el segundo, atención extremada a las circunstancias evolutivas y ambientales de los catequizandos. Acerca de ambos aspectos tenemos una palabra que decir, a la luz siempre de la *Instrucción* Pontificia.

⁵² Por «teología» se han entendido dos cosas tan dispares como son, por un lado, cierta construcción piramidal, sistemática, de la ciencia en torno a la divinidad; y por otro, toda suerte de reflexión acerca del dato revelado. En este segundo sentido debe afirmarse la existencia de una teología ya en el NT. Karl RAHNER no duda en concederlo: «...en una lectura atenta del NT, vemos, leyendo sin prejuicios, que se ejerce en él teología [...]; los hombres del NT cavilan, reflexionan sobre los datos de su fe [...] tienen «problemas» que contestan y que impulsan en ellos conocimientos nuevos; tienen una procedencia espiritual y teológica diversa, y ésta se hace vigente en la perspectiva de sus declaraciones, en la elección de los conceptos, en los acentos que dan a sus exposiciones». Cfr. *Escritos de Teología*, V, p. 38 ss.—Y, por citar también a un exegeta eminente, véase igual parecer en R. SCHNACKENBURG, *La Théologie du NT*, Bruges, 1961, p. 14 ss. passim.

a) *Claridad en las propias ideas.*

Actualmente, y sobre todo en la catequesis bíblica, se necesita mucha claridad en las ideas. Ya no puede el catequista, sin negligencia por su parte, seguir teniendo un concepto poco adulto de la constitución interna de los Evangelios, fuente continua de toda catequesis que pretenda llamarse actual.

Es verdad que ha estado siempre al alcance de cualquier mirada inteligente, el hecho de que los hagiógrafos del Nuevo Testamento no coincidan materialmente al darnos fórmulas tan entrañables y solemnes, como —por ejemplo— las del Padrenuestro o la consagración del pan y el vino en la última cena. Inteligente fue la mirada de San Agustín cuando escribía sobre parecidas discrepancias: «Es manifiesto que los Evangelistas explicaron una misma sentencia con más o menos palabras, cada uno según la recordaba, o de acuerdo con sus preferencias»⁵³. Y antes que él, un Obispo de Hierápolis —Papías— afirmaba sin vacilar, en el primer tercio del siglo II: «Marcos escribió con diligencia las cosas que recordaba habían sido dichas o hechas por el Señor [según el testimonio de Pedro], el cual predicaba el Evangelio no con el fin de tejer una historia de las enseñanzas del Señor, sino teniendo presente la utilidad de los oyentes». Y añade con llamativa seguridad: «Al proceder así, Marcos no cometió falta alguna, ya que se proponía únicamente no falsear en absoluto las cosas que había oído»⁵⁴.

Según esto, no estamos haciendo hoy un hallazgo inverosímil al dejar en su punto la libertad redaccional de los hagiógrafos; si acaso, lo que hacemos es subsanar un olvido importante. La *Instrucción* de la Pontificia Comisión Bíblica, dieciocho siglos más tarde, es sólo un eco casi textual de estos viejos testimonios, cuando afirma: «En modo alguno afecta a la verdad de la narración el que los Evangelistas refieran en orden diverso los hechos o dichos del Señor. Como tampoco el que expresen sus sentencias no *a la letra* [«non ad litteram»], sino diversamente, conservando, sin embargo, el sentido de las mismas» (*Instr.*, 2).

Con estas pocas palabras, el Magisterio de la Iglesia, mientras

⁵³ *De consensu Evangelistarum*, 2, 12. PL 34, 1090.

⁵⁴ Cfr. en EUSEBIO, HE 3, 39. MG 20, 300. Habría motivo para citar también en este sentido el *Fragmento Muratoriano*, en uno de cuyos párrafos leemos: «Et ideo, licet varia singulis Evangeliorum libris principia doceantur. nihil tamen differt credentium fidei, cum uno ac principali spiritu declarata sint in omnibus omnia» (lin. 16-20).

recoge (alentado por nuevas pretensiones, sin duda, y disponiendo de mayores recursos exegéticos) el pensamiento de la comunidad cristiana primitiva, traza al catequista de nuestros días la línea en que ha de ensanchar sus conocimientos personales, para que puedan servir de apoyo a la conveniente renovación (precisión) de su catequesis bíblica.

Toda catequización es, por naturaleza, *concreta*. Esto quiere decir que las circunstancias, de todo tipo, son ley para la catequesis. Una fórmula matemática, un principio de física, una conquista segura de la ciencia, y también, una afirmación definitiva del dogma, cobran, por su relación con la verdad objetiva, tal grado de abstracción, que los libera del tiempo; y, con el tiempo, del hombre; y así, de cualquier mutabilidad. En cambio, la catequesis se define con respecto al sujeto de la misma, y éste es producto complejo de su época, de su cultura, del medio ambiente, a la vez que de su propia psicología. Nada de esto puede ignorar quien pretenda mantenerse fiel a *una constante* de la predicación cristiana en todos los tiempos.

Pero ocurre, además, que la catequesis bíblica, lejos de ser algo fijado secularmente, está siendo ahora objeto de revisiones, y deberá serlo en el futuro, al ritmo que le marquen los continuos avances en el conocimiento del libro sagrado; revisiones que no alcanzarán, ciertamente, a su contenido sustancial, pero sí a muchos matices importantes que, de continuar olvidados a la hora de transmitir la palabra divina, llegarían a poner en peligro, más tarde, la sustancia misma de aquel contenido.

¿Con qué tranquilidad podrá el catequista seguir utilizando *como hasta ahora* el libro de Jonás —es un ejemplo— *si sabe* que la mayor parte de los exegetas actuales le niega valor histórico? ¿Cabe ya desatender por las buenas este hecho, sencillamente porque viene a sorprender la creencia, tal vez arraigada, del catequista; o porque contradice a siglos enteros de interpretación diferente? ¿No resultará, acaso, más sensato volver sobre las propias convicciones a la luz de los nuevos argumentos, para descubrir, en la ausencia de medios técnicos (arqueológicos, lingüísticos...) sobre que apoyar un juicio definitivo, la causa de tan larga ignorancia⁵⁵; y, consecuentemente, *rectificar* el uso catequístico de ese libro, de acuerdo con las nuevas posiciones? Porque sería precipitado creer que con ello hemos perdido para la catequesis un libro de la Biblia. Lo que he-

⁵⁵ *Divino afflante Spiritu*, EB 640.

mos perdido será una serie de historias adelgazadas ahora hasta lo novelesco; pero a trueque de ganar la verdadera perspectiva del libro de Jonás, que nos enseña de veras la anchura del amor divino, dentro de cuyas fronteras cabe también la pagana y pecadora —y penitente— Nínive, pese a la mezquindad del profeta (personificación del nacionalismo judío) que pide cuentas a Dios de la salvación obrada en favor de un pueblo extraño a Israel.

Los ejemplos podrían repetirse a partir del Antiguo Testamento y, proporcionalmente, del Nuevo⁵⁶, sin que variase demasiado la lección que pretendemos sacar, a saber: urge que el catequista no considere con indiferencia los minuciosos estudios a que está siendo sometido el texto sagrado; va en ello su fidelidad a la catequesis bíblica que, si ha de ser apta para nuestro tiempo, debe nutrirse de *ideas claras*, y estar a la escucha de las sorpresas que ambos Testamentos nos pueden todavía reservar.

b) *Atención al catequizando.*

Si la información bíblica del catequista conviene que se vaya actualizando cada día, por otra parte, su flexibilidad ante el auditorio ocasional, ha de ser extrema. No se puede hablar de la misma manera si los oyentes son niños con escasa capacidad de asimilación

⁵⁶ Decimos «proporcionalmente» porque sólo así podemos aproximar relatos fingidos con propósito doctrinal, a narraciones sustancialmente históricas, como los Evangelios; cuya exploración literaria, por lo demás, está comenzando ahora.

Sin embargo, puede dar luz, en el mismo sentido del ejemplo propuesto, la comparación que hace J. ALONSO entre el Padrenuestro de Mateo y el de Lucas: «La fórmula de Mateo —escribe— contiene siete peticiones, la de Lucas cinco. Un estudio crítico puede demostrar que la tercera petición, por ejemplo («hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»), que no está en Lc y que no debió de estar en la fórmula primitiva del Padrenuestro, fue añadida por Mt o por la predicación comunitaria que reproduce, y de la que depende Mt. La predicación, pues, se ha tomado una libertad que puede sorprender a uno no suficientemente familiarizado con los Evangelios, pero que deja de causar sorpresa cuando se advierte que esa petición *está enseñada por Jesucristo*, si no cuando pronunció la fórmula del Padrenuestro, [si] cuando El mismo, *en acción*, nos dio un ejemplo palpitante de oración en Getsemani, pronunciando aquellas admirables palabras (síntesis del Padrenuestro): «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya». Ante esta lección práctica de oración, muy bien Mt o la comunidad de que depende, pudo introducir esa petición en la fórmula del Padrenuestro. Si ha habido *adaptación*, no ha habido *deformación*. Adaptación del mensaje primitivo, sin deformación, *bajo la acción del Espíritu Santo*, que actúa en la Iglesia, es la clave para resolver muchas dificultades que presenta la lectura de los Evangelios cuando se comparan unos con otros y se advierten divergencias notables». Cf. *Catequética*, septiembre-diciembre 1964, p. 232-233. (Los subrayados son nuestros.)

y con unas exigencias imaginativas que sería inoportuno contrariar; y cuando se instruye a jóvenes o adultos, que necesitan conocimientos más amplios. Ni cabe comparar un público de esmerada formación cultural —que tal vez precise una fe seriamente ilustrada— con otro de nivel inferior que viva al margen de inquietudes espirituales. Como tampoco sería justo tratar de igual modo a gentes notablemente iniciadas en los problemas de la Biblia, y a otras de conocimientos bíblicos sólo rudimentarios.

Tener presentes en cada caso todas esas circunstancias personales y ambientales que definen un auditorio concreto, sobre estar de acuerdo con una norma didáctica elemental, responde a la llamada insistente de la Pontificia Comisión Bíblica cuando recomienda «extrema prudencia» (*Instr.*, 4) a todos «los que instruyen al pueblo cristiano mediante la predicación» (*Ibid.*), y los exhorta «ante todo a enseñar la doctrina recordando la advertencia de San Pablo: "Vela sin cesar sobre ti mismo y sobre tu enseñanza; porque, haciéndolo así, te salvarás a ti y a cuantos te escuchan" (ITim. 4, 16)» (*Ibid.*).

Indudablemente es ésta una preocupación actual de la Iglesia: lo advierte a los profesores de Sagrada Escritura (en la Biblia hay que buscar más bien «lo que eleva el pensamiento hacia Dios, nutre el alma y promueve la vida interior» (*Instr.*, 3); lo recuerda a los publicistas cristianos (cuyo cuidado será «poner de relieve las riquezas superiores de la palabra divina, para que los fieles se vean arrastrados a conformar con ella su vida» (*Instr.*, 4); y amonesta con parecidas expresiones a los ministros de la palabra. Para que ninguno de ellos ignore, dentro del campo en que despliega sus actividades bíblicas, que la Iglesia quiere acentuar, en estos momentos, los valores soteriológicos de la palabra divina, «con el fin de cumplir su misión, que es procurar la salud sobrenatural de las almas» (Preámbulo).

Es importante no perder de vista esta postura sustantiva de la Iglesia, que, aun siendo de tipo general, se sitúa ya del lado del catequizando, y llama la atención acerca de sus exigencias espirituales y últimos intereses, que han de ser norma decisiva para el trabajo del catequista.

Las conclusiones que de ahí habrían de sacarse, no es posible que discreparan demasiado. Con todo, la *Instrucción* prefiere esta vez acortar el camino a la exégesis privada, dictando algunas normas concretas que, por ser la interpretación más segura de su propio pensamiento, constituyen también el mejor criterio de acción

catequística en torno a la Biblia. He aquí —apretadas y severas— las palabras del documento :

«*Que se abstengan en absoluto [los ministros de la palabra] de proponer novedades inútiles o no suficientemente probadas. Pueden exponer, si es necesario, las opiniones nuevas ya sólidamente demostradas, pero con cautela, teniendo en cuenta las condiciones de los oyentes. Cuando narran escenas bíblicas, no añadan circunstancias ficticias poco conformes a la verdad*» (Instrucción 4).

c) *Alcance pastoral de estas normas.*

Se ha hecho observar, no sin razón, que sería excesivo ver equivalencia perfecta, en la mente de la Pontificia Comisión Bíblica, entre estas tres afirmaciones y la «prudencia extrema» con que poco antes quiso definir de manera sustantiva la actitud pastoral. Realmente, la prudencia como actitud desborda, aun dentro del campo bíblico, el capítulo de las «nuevas opiniones», ya que debe extenderse a *todas* las circunstancias peculiares de los oyentes⁵⁷. Sin embargo, es preciso reconocer que con esas tres advertencias la *Instrucción* apunta un peligro particularmente grave en nuestros días y pretende iluminar otras tantas *situaciones* reales en que —supuesta su preparación personal— puede hallarse el catequista. Conviene que nos detengamos en ellas.

1.^a *Ante opiniones nuevas inmaduras.*

Las soluciones a problemas bíblicos pendientes desde antiguo, o alumbrados por nuevos hallazgos, no suelen improvisarse. Es normal que atravesasen un período de gestación habitualmente difícil, durante el cual son meras hipótesis de trabajo y se convierten en blanco de toda suerte de críticas; deben soportar objeciones, perfilar matices, prever consecuencias, medirse con otras proposiciones no menos fundadas; y así, van ganando adeptos o pierden definitivamente interés.

Salta a la vista que airear en tales circunstancias una opinión fuera del sector especializado es en lo científico, ligereza; en lo psicológico, esnobismo; que constituya, además, para la gente sin es-

⁵⁷ Cardenal A. BEA, en «Razón y Fe», septiembre-Octubre 1964, p. 167-168.

pecial formación, un peligro serio y real cuando se roza la fe, podemos leerlo sin esfuerzo en el rigor con que censura la *Instrucción* semejante conducta, tanto cuando se refiere a los divulgadores de escritos, como a los mensajeros verbales de la palabra sagrada. A los primeros los amonesta en estos términos: «Que tengan como norma suprema no apartarse un ápice de la doctrina común... que eviten cuidadosamente las opiniones temerarias de los novadores... que consideren terminantemente prohibido divulgar, movidos por un pernicioso afán de novedad, cualesquiera intentos de solución a dificultades, sin haberlos escogido antes con prudencia y juzgado con seriedad» (*Instr.*, 4). Amonestaciones que valen, todas ellas, para «cuantos instruyen al pueblo cristiano mediante la predicación», aunque a éstos se les diga allí con menos palabras, pero con igual severidad, «que se abstengan en absoluto de proponer novedades inútiles o no suficientemente probadas» (*Ibid.*).

Si la insistencia de la Comisión Bíblica no le diera especial relieve, una observación de este tipo nos parecería superflua, por ser tan elemental. A nadie se le ocurre, v. gr., en el campo de las materias profanas, dar como solución una teoría aún no bastante discutida; igual que se juzgaría, por otra parte, equivocado o inútil poner en manos de cualquiera resultados que no está en condiciones de poder asimilar. En todo caso, el balance final no sería aquí demasiado grave: pérdida de tiempo, errores, confusiones... Pero cuando se trata de la Biblia, hay una tercera posibilidad: la de que tal información poco ponderada resulte nociva para la fe. A esta posibilidad, que justifica por sí sola las máximas precauciones, apunta derechamente la *Instrucción*.

Ni se crea que el riesgo es sólo lejano; porque ocurre que la Biblia no es un libro como tantos otros que solicitan, nada más, asentimiento *intelectual*; la Biblia, palabra de Dios, *compromete* al hombre entero, es alimento de su vivir cristiano y soporte de sus creencias religiosas más o menos ilustradas. Se comprenderá ahora cómo la ruina espiritual puede ser grande, al sacudir inconsideradamente, imprudentemente, unos cimientos tan hondos. ¿Que no hay motivo para que la verdad encerrada, tal vez, en esa nueva opinión lleve consigo resultados tan funestos? Algo bien distinto nos dice la experiencia de todos los días: medicinas o alimentos causan a diario estragos en el organismo a cuyas disposiciones —por subjetivas que sean— no se adaptan. ¿Cuándo aprenderemos a transponer esa experiencia a nuestro organismo espiritual, de hecho no menos exigen-

te? Además, la verdad de una «nueva opinión», en el caso que venimos suponiendo, no pasaría de *posible*, y por esto mismo nunca justificaría riesgos tan graves. Así lo ha entendido el Magisterio de la Iglesia al imponer silencio *absoluto* al ministro de la palabra, en esta primera hipótesis de la Instrucción.

2.^a *Ante opiniones nuevas sólidamente establecidas.*

Bajo la denominación de «opiniones nuevas» pueden entenderse —y así ocurrió históricamente— muchas cosas, no siempre positivas⁵⁸. En este caso es clara, sin embargo, la ausencia de cualquier sentido peyorativo en el texto del documento, que alude expresamente a interpretaciones «sólidamente demostradas», y por ello, beneméritas de los estudios bíblicos.

Ahora bien, esta certeza deja todavía mucha elasticidad a la expresión, que igual puede interpretarse del Antiguo como del Nuevo Testamento, o de ambos a la vez. Habrá que aceptarla en su mayor amplitud, porque así parece haberla concebido la Comisión Bíblica en la última parte de su *Instrucción*: nada, en efecto, sugiere que las normas allí dictadas tengan sólo aplicación restringida.

El que nos preguntemos ahora sobre la manera de comportarnos pastoralmente en presencia de tales opiniones, no carece de interés. Entre otras razones, porque son cada día más numerosas las que, miradas en otro tiempo con recelo, luego se han ido afianzando apoyadas en los resultados de la investigación posterior. El recelo se explica fácilmente: cualquier opinión nueva, sea cual fuere el campo en que se produzca, es acogida con reservas; justificadas, desde luego, y proporcionales tanto a la novedad como a los valores que pondría en juego una eventual aceptación de la misma (dos capítulos importantes para juzgar objetivamente de las situaciones incómodas que ha traído consigo, en más de una ocasión, el trabajo científico de la Biblia).

Por otro lado, el hecho innegable de que los *estudios recientes* hayan contribuido de forma decisiva al esclarecimiento de muchos problemas relativos a la Sagrada Escritura, no tiene por qué sorprendernos, si es cierto que, hasta fines del siglo pasado, el mundo oriental nos era casi desconocido, por una razón bien sencilla: carecíamos de claves para descifrar su lenguaje, y a través de él, aquella

⁵⁸ Ya Pío XII creyó oportuno censurar de «espíritu poco prudente el que juzga todo lo nuevo, por el hecho de serlo, como sospechoso e inaceptable» (EB 650).—Cfr. también el discutido artículo de A. ROMEO, *L'Enciclica «Divino afflante Spiritu» e le «opiniones novae»*, en «Divinitas», diciembre 1960, p. 387-457.

complejidad expresiva —por aludir sólo a este aspecto— que tantas veces se ha falseado al pretender ajustarla a nuestros esquemas mentales, radicalmente ineptos para entender a pueblos tan alejados de nuestra cultura y formas de decir.

Entre esos pueblos debe incluirse, *sin privilegios culturales de ningún género*, el pueblo de Israel. Es verdad que Dios quiso prodigarle extraños favores de índole religiosa, como el hacer que buena parte de su literatura sea a la vez palabra de hombres y de Dios, en virtud de una operación teándrica que llamamos inspiración. Este fenómeno explica por sí solo la importancia concedida desde antiguo a dicha literatura, y a la conservación y estudio del lenguaje en que fue escrita. Ventaja evidente, pero, en definitiva, de escaso fruto: el conocimiento de ese lenguaje era poco más que material, y así, (pues ni siquiera en favor de su palabra quiso Dios multiplicar los milagros) se nos han escapado abundantes matices, accidentales si queremos, del mensaje divino, durante siglos; es decir, mientras permanecieron ocultos al conocimiento del hombre los modos literarios por que se rige *toda* la producción oriental antigua, incluida la bíblica.

Estas pocas sugerencias ayudarán a ver la importancia de las «opiniones nuevas» que durante cincuenta años han venido abriendo horizontes desconocidos en los libros sagrados; con lo cual cobra también interés el preguntarnos aquí acerca del papel que se les debe reservar en la formación religiosa del cristiano. ¿Podrán darse situaciones que aconsejen el silencio del catequista? En tal caso, tendrán que ser de gravedad proporcionada a la ignorancia subsiguiente en el catequizando; así como a los fáciles peligros que esa ignorancia puede plantearle en adelante, y hasta al *derecho común* de conocer, con la mayor exactitud posible, la palabra destinada por Dios a *cada uno* de los hombres.

La duda, así presentada, es tan legítima como real cuando se siente una doble responsabilidad, a la vez pastoral y formativa. Y a ella viene a responder la *Instrucción* de la Comisión Bíblica, en estos términos: «Pueden exponer, si es necesario, las opiniones nuevas sólidamente demostradas, pero con cautela, teniendo en cuenta las condiciones de los oyentes» (*Instr.*, 4). Norma concisa, matizada, que merece nuestra atención.

Si hay algo, en esa norma tan breve, que alcanza relieve de primer plano, es, sin duda, la prudencia, la adaptación [«si necesse est, caute, ratione habita auditorum»]; es decir, el principio de *siempre*,

que también en este caso debe presidir el comportamiento del catequista. Y esto es importante. Porque aquí la *Instrucción*, al no poderse plegarse a resolver situaciones «determinadas» (si ha de guardar aquella mínima universalidad que le impida convertirse de principio en receta), tiene que dejar paso a un factor tan decisivo como es el criterio personal del pedagogo; a éste corresponde juzgar, habida cuenta de las circunstancias individuales, *si es necesario* o no abrir nuevos horizontes, y cuál sea la manera más conveniente de hacerlo.

Obsérvese cómo, teóricamente al menos, el texto citado parece admitir la posibilidad de que, en ciertos casos, sea preferible *dejar las cosas como están*; en la práctica, sin embargo, y fijando la vista en el momento presente, resulta difícil imaginar tales casos, si exceptuamos instrucciones esporádicas —nada favorables, de ordinario para matizar ideas, y por lo mismo más expuestas a sembrar confusión que a producir luz— y nos referimos exclusivamente a grupos, adultos o no, cuya formación religiosa se está procurando *de modo sistemático*.

Hay que dejar aparte, por supuesto, las mil cuestiones bíblicas marginales cuyo mismo tono especializado desaconseja hacerlas llegar a los fieles, por la sencilla razón de que ni les interesan ni les habrán de servir. Pero, ¿podrá decirse otro tanto cuando se trata de estudios más graves, relacionados unas veces con interpretaciones nuevas de libros enteros; o que afectan, otras, a puntos importantes del dogma, cuyo desconocimiento puede traer en la actualidad serias consecuencias? Simplificando, aun con exceso, el problema real, vamos a señalar sólo dos situaciones tipo; a través de ellas podremos, si no apuntar una respuesta, por lo menos suscitar una duda (en ocasiones puede ser tan ventajoso quitar una seguridad como encender una luz).

a) Imaginemos primeramente el caso de un auditorio *adulto con formación bíblica rudimentaria*. Hasta hace poco, la actitud *práctica* frente a esa situación, por muy censurable que fuese objetivamente hablando, no presentó mayores complicaciones: todo se arreglaba —aunque se arreglara tan poco— lamentando, en el mejor de los casos, una formación de la que *nadie* tuvo la culpa, e imponiéndose un silencio prudente para no crear problemas a la fe.

Y es justo reconocer que, hasta nuestros días, el marco geográfico, ambiental y cultural en que había de desenvolverse la vida de un individuo, era elemento importante entre los que debía barajar la

prudencia para resolver en cada caso; incluso ahora, sería difícil dar soluciones prácticas más acertadas, a la ignorancia religiosa de un grupo escasamente cultivado, de no haberse interpuesto otras circunstancias históricas que están haciendo cada día menos cómoda y más compleja la respuesta.

Es inútil querer ignorar un hecho tan claro como el rompimiento de los horizontes que protegían la intimidad religiosa o social de ciertos pueblos; quebradas así todas las fronteras, se hace imprescindible y urgente descubrir en cada hombre al cosmopolita que lleva dentro. Los problemas ya no pueden considerarse mirando sólo al presente, sino de cara al mañana. Y ojalá que ese mañana nos diera tiempo para pensarlo sin prisas, para *emprender* nuevos caminos con las generaciones en período de formación, mientras *protegemos* la fe de las que no tuvieron igual suerte. En realidad, hay motivo para temer —en lo humano, se entiende— fracasos en esta misión «protectora», si el mañana cristiano de cada uno está pendiente de un movimiento demográfico, o se halla detrás de cualquier aproximación religiosa con fieles de otras creencias. A algo responde, sin duda, la inquietud con que se ha hablado, desde todos los ángulos, acerca de las ventajas y riesgos que van a traer la libertad religiosa y el movimiento ecumenista. Y nadie pondrá en duda que los riesgos serán proporcionales a la formación de cada cristiano, dogmática, moral o bíblica. Imposible, desde luego, prever por dónde ha de llegar el peligro cuando son tantos los puntos vulnerables; pero, sinceramente, ¿podríamos prometernos que la ignorancia bíblica, siendo la Biblia soporte de las ideas religiosas, no ha de ofrecer las brechas más codiciadas para intentar, de la manera menos sospechosa, el abordaje de la fe?

¿Qué pensar, entonces, de aquel cómodo «dejar las cosas como están»? Porque si esta salida la ponemos en tela de juicio aun tratándose de comunidades cristianas adultas y, sobre todo, poco cultivadas (donde los choques serían más comprometidos), ¿para qué situaciones normales tendría aplicación? Parece, pues, necesario en muchos casos *complicarse* pastoralmente la vida, cuando la vida de ahora es por sí misma complicada.

Cualquiera que haya sido de cara al pasado la justificación de tal estado de cosas, ya no es tiempo de lamentarse inútilmente, sino de comenzar a ponerle remedio, con toda la cautela que recomienda la *Instrucción*, y también, con toda la eficiencia que pide el pro-

blema ⁵⁹. Son dignos de elogio los esfuerzos que se están realizando en este sentido, por salvar el enorme desnivel existente entre los conocimientos bíblicos del especialista, y los del pueblo, incluso culto. Ahora bien, lo que habría de evitarse con cuidado —y aquí apunta también la «cautela» de la Pontificia Comisión Bíblica— es cierta *precipitación* peligrosa, que induce fácilmente a servir ideas sin preocuparse demasiado de su firmeza o fragilidad científica, ni de los fines o medios para los cuales fueron elaboradas. Algo de esto nos está pasando, v. gr., en la catequesis, por considerar equivocadamente las ideas como un *producto cualquiera de importación*, perdiendo de vista que el organismo espiritual del hombre se rige por leyes no menos subjetivas y estables que las del metabolismo fisiológico.

Necesidad y prudencia: he aquí dos factores cuya sabia conjugación puede enmendar todavía, a corto plazo y sin riesgos excesivos, la deficiente instrucción bíblica de muchos cristianos adultos.

b) *La segunda situación tipo* nos es ofrecida por el pequeño e importante mundo de las aulas, en trance de recibir enseñanza elemental, media o superior.

A pesar de los variados matices que presentan siempre niveles culturales diversos, una mirada de conjunto permite descubrir en todo ese vasto horizonte de la enseñanza, circunstancias comunes realmente favorables para trabajar con fruto; como son: la *apertura mental* o estado de receptividad en que se despliega la sicología del alumno (factor psicológico); la posibilidad de apoyar la instrucción religiosa en la eficacia de un *plan bien estudiado*, sin huecos para las imprecisiones nocivas o los desequilibrios doctrinales (factor pedagógico); el mismo *clima espiritual limpio*, tanto más propicio cuando menos abultada es la presencia de obstáculos —llámense prejuicios u orientaciones anteriores poco felices— que impiden sembrar honda y segura toda una formación cristiana.

Olvidar estas y otras ventajas del medio académico, a la hora de impartir cualquier enseñanza religiosa, sería inexcusable; precisamente por eso, al volvernos ahora hacia la *cultura bíblica fundamental* que es menester posean todos los fieles, y que es fácil procurarles sin prisas ni lagunas a lo largo del período escolar, la norma de la Comisión Bíblica en su *Instrucción*, no admite aquí otro sen-

⁵⁹ Las dificultades prácticas no pueden excusarnos un trabajo urgente.—Cf. J. R. SCHEIFLER, *Así nacieron los Evangelios*, Bilbao 1964, p. 171, nota 52.

tido que éste: hay *obligación* de dar a *todos* los alumnos, con la debida cautela y en la forma que aconsejen su edad sicológica y su madurez religiosa, todas aquellas orientaciones bíblicas sustanciales aceptadas ya científicamente.

1. Es inútil pretender esquivar en adelante con seudorrazones una *obligatoriedad* que se asienta, no, ciertamente, en algún precepto extrínseco formal, pero sí en la *naturaleza interna* de la misión catequística —(iluminar la fe de los fieles mediante la *transmisión adecuada* del mensaje revelado)— y en la responsabilidad subjetiva que asume el catequista al aceptar tal misión. Y, por otra parte, en la *necesidad* perentoria de cada individuo, para cerrar el camino —como insinuábamos más arriba—, a posibles vacilaciones en la fe; y también, en el *derecho* de todo cristiano a entender, según sus posibilidades y de acuerdo con el Magisterio de la Iglesia, la palabra que Dios le habla *personalmente* (esta dimensión personal de la palabra no debe quedar absorbida por la dimensión social), y le entrega para que «trate de convertirla en savia de su espíritu y sangre de sus venas», con expresión sugestiva de Benedicto XV⁶⁰. ¿Qué sentido tendría, si no, la insistencia con que los últimos papas recomiendan la lectura privada de la Biblia, recogiendo, por lo demás, una sabrosa costumbre de la Iglesia primitiva?⁶¹

2. La formación bíblica sustancial debe alcanzar, además, a *todos* los alumnos, sean cuales fueren sus planes u oportunidades de estudio.

Para ello, apenas cabe otra solución que el desarrollo de programas cíclicos, que tienen una ventaja tan indiscutible como es la relativa autonomía didáctica de cada curso; esta autonomía abre dos recursos de gran valor pedagógico, al permitir, por un lado —llamémosle objetivo— visiones *horizontales* completas de los temas; y, por otro —subjetivo— plena adaptación a las circunstancias evolutivas de los oyentes; si a esto añadimos que en un plan cíclico, a medida que se suceden los cursos, éstos van cobrando mayor *verticalidad* doctrinal, sin perder autonomía didáctica, se puede ya sospechar el volumen de formación en un muchacho cuando corona una etapa cultural; la primaria, si queremos, dado el caso de que sus circunstancias no le permitan aspirar a más.

Indudablemente, el *bachillerato superior* (el elemental tiene características sicológicas análogas al período de enseñanza primaria)

⁶⁰ *Spiritus Paraclitus*, EB 526.

⁶¹ *Ibid.* EB 524 y ss.

y la *enseñanza universitaria* ofrecen perspectivas más amplias, no porque hayan de emplearse sistemas formativos diferentes —la enseñanza ha de ser siempre homogénea y progresiva—, sino porque prolongan temporalmente el período académico y abren nuevas dimensiones culturales: factores ambos que se pueden y deben aprovechar para dar la máxima solidez y profundidad a la cultura bíblica, ya que es mayor la capacidad de reflexión personal. Por eso mismo sería aquí lo más acertado no rehuir el vasto campo de lo *opinable*, una vez expuesta la doctrina común respecto de cuestiones zanjadas ya científicamente. Ahora bien, es indispensable advertir también que esto exige en el catequista una formación bíblica esmerada; supuesta la cual, pueden señalarse dos ventajas en el descubrimiento prudente de lo opinable en la Biblia: aprender a conjugar en ella la aportación humana, con la inspiración divina; y dar solidez a la propia fe, que, en última instancia seguirá siendo —no se olvide— «capacidad para soportar dudas».

3.^a *Cómo narrar hechos bíblicos.*

Nos venimos refiriendo largamente a tres advertencias de la Comisión Bíblica a los proclamadores de la palabra sagrada, válidas en todos los casos, cualquiera que sea la forma concreta de llenar tal misión. Una de ellas tiene por objeto las hipótesis nuevas, aún sin suficiente confirmación; otra afecta a las nuevas opiniones que gozan ya de garantía científica. La tercera dice así: «Cuando narran escenas bíblicas, no añadan circunstancias ficticias poco conformes a la verdad» (*Instr.*, 4).

Predicadores, conferenciantes catequistas...; el peligro es común, si bien más pronunciado cuando la instrucción va dirigida a grupos de niños. Que ocurra así, se explica fácilmente; otra cosa será ver si tiene o no justificación esa conducta; y en caso afirmativo, cómo se debe proceder o hasta dónde es lícito llegar en esa «creación» hecha con las mejores intenciones didácticas.

Ante todo, obsérvese que si la pauta *para juzgar* acerca de la conveniencia o no de añadir ficciones narrativas al exponer la Biblia, ha de ser la *Instrucción* reciente, ya puede cambiar de sistema el catequista aficionado a ellas. Leamos nuevamente: «no añadan circunstancias fingidas poco conformes a la verdad». La norma es taxativa y general, siempre que se trate del pueblo cristiano y de la predicación sagrada; y, ¿cómo dudar que de ambas cosas se trata

en todo género de catequesis, si ninguna de las dos puede ser definida con relación al tiempo o al espacio? De lo contrario, fácil sería burlar objetivamente la norma y hacer a los catequizandos el daño que se pretende evitar con ella.

Pero entonces —se preguntará— ¿cómo aprovechar la exuberante imaginación de los pequeños, que, sin duda, tiene valores formativos? ¿De qué manera penetrar en su mundo maravilloso con el propósito —que esto es educación— de asistir activamente, pero sin violencia y con sumo respeto al despliegue progresivo de la vida espiritual que nace en cada niño?

Sin embargo —forzoso será reconocerlo—, nunca menos oportuna esta observación que tratándose de la Biblia. Por dos razones:

Primera.—En los libros sagrados el *elemento imaginativo* cobra un relieve no inferior al que pueda descubrirse en cualquier otra literatura oriental antigua, «porque ninguna de aquellas maneras de hablar de que entre los antiguos, particularmente entre los orientales, solía servirse el lenguaje para expresar sus ideas, es ajena a los libros sagrados, con la sola condición de que el género de decir empleado, en modo alguno repugne a la verdad y santidad de Dios»⁶².

Así, unas veces sorprendemos la historia —su historia— en un «fundido» literario enteramente borroso para *nuestra* vista occidental; otras veces será una enseñanza dogmática o moral lo que debemos apresar entre la maraña de narraciones fingidas en todo o en parte, etc.; y siempre, la capacidad *creadora* del hagiógrafo halla cauces abiertos a la hora de transmitir cualquier doctrina —la más sobria, la más firme, la más venerable— para rebozarla de tal modo que tampoco prive de alimento a la ingenua fantasía popular⁶³.

Se comprende ahora por qué es *inoportuno* apelar a las exigencias mentales del niño, intentando justificar los recortes que el catequista acaso juzgue conveniente añadir por cuenta propia a las narraciones bíblicas. ¿Necesita apoyarse en la imaginación?: gran parte de la Biblia está pensada por y para niños en la cultura (siempre que se considere válido juzgar con tanta simpleza culturas primitivas o gustos literarios ajenos a los nuestros). La tarea consisti-

⁶² *Divino afflante Spiritu*, EB 644.

⁶³ Escollo del «orientalismo» bíblico en que tantas veces encalló la exégesis católica hasta fechas todavía recientes, y que Pío XII pretendía sortear en adelante al afirmar severamente que la investigación del género literario de cualquier perícopa, «no puede descuidarse sin gran detrimento de la exégesis católica» (*Divino afflante Spiritu*, EB 645).

rá, más bien, en *escoger* —y no en *revestir*— escenas aptas para cautivar el entendimiento y el corazón del niño, y así, hacerles llegar un mensaje bíblico proporcionado a su edad. Empeñarse en adoptar una postura diferente, aparte de ser censurable (cfr. *Instrucción*), sería por lo menos innecesario; aunque no sólo esto.

Segunda.—Nadie creará, sin embargo, que la sola riqueza imaginativa de la Biblia haya motivado la advertencia de la *Instrucción*: «no añadan circunstancias fingidas poco conformes a la verdad». Estas sobrias palabras apuntan, naturalmente, a un riesgo espiritual, y no a una pura conveniencia didáctica, de suyo ajena a las preocupaciones de la Comisión Bíblica.

Si leemos con atención, lo que en este caso se pretende salvaguardar es *la verdad* de los relatos bíblicos; pero no precisamente aquella verdad que podría llamarse *exegética* o teológica, subyacente a cualquier narración; ya que esa verdad, primero hay que buscarla con trabajo, luego discutirla sin prisas, y al fin, en el mejor de los casos, proponerla con la mayor prudencia, según nos repite insistiendo la *Instrucción*. Aquí se trata, más bien de la verdad *literaria* o narrativa.

Esta, al revés que la verdad exegética, se halla al alcance de todos, en las páginas de cualquier versión fiel a los textos apógrafos. Por eso mismo puede ser *exigida* siempre, y debe respetarse en la catequesis desde el primer momento, porque sería dañoso causar en los catequizandos, ahora o más tarde, la impresión de que la Biblia es una serie de novelas de «aventuras a lo divino», vacías de contenido religioso estable y, en consecuencia, que pueden relegarse al olvido como tantos otros cuentos infantiles; clima psicológico fácil de crear (con la mejor buena voluntad) si la verdad narrativa es falseada arbitrariamente.

Claro está que la verdad literaria propugnada aquí no debe considerarse fin en sí misma, como ocurriría —y ocurrió tantas veces— al pretender identificarla con la verdad exegética. Hoy sabemos bastante de géneros literarios bíblicos para no caer en un error de principio, tan funesto en otros tiempos para la inteligencia de la palabra de Dios. Ahora bien, ¿sabemos igualmente ser consecuentes con esto? ¿Sabemos *en la realidad* que, si el respeto a los textos sagrados puede bastar, en los primeros pasos de la catequesis bíblica, para explotar con fruto la edad psicológica de los oyentes, *no tenemos derecho* a encadenarlos luego en ese infantilismo bíblico, quién sabe si por toda su vida?

Al contrario, tenemos *el deber* de acompañarlos en su proceso síquico-evolutivo (que esto es prudencia) para irles desvelando la verdad exegética de los textos, haciéndoles distinguir la envoltura literaria, del contenido religioso; siempre de forma *sensata* (sin esnobismos), *progresiva* (sin faltas de tacto sico-pedagógico), *homogénea* (sin rompimientos). El ideal de la catequesis bíblica es que se desarrolle de manera positiva, esto es, por *adición* de conocimientos; sólo así podremos evitar las sorpresas, habitualmente duras, de las sustracciones, y hasta los riesgos de sustituciones doctrinales, cuyo alcance no es fácil prever. Alcance, sin embargo, digno de tenerse en cuenta cuando se halla por medio el mensaje revelado y la aceptación del mismo por la fe.

CONCLUSIÓN

Hemos tratado de llamar la atención del catequista hacia un documento del Magisterio oficial, que tal vez haya pasado inadvertido para amplios sectores ajenos a la investigación bíblica.

Hay motivo, sin duda, para que los técnicos de la exégesis neotestamentaria sean los primeros en celebrar su aparición en un trance decisivo para el futuro de sus trabajos especializados.

Pero sería lamentable que esa finalidad primaria de la *Instrucción* hiciera perder de vista los valores *pastorales*, también presentes en ella, también *intentados* en la parte final del documento; también importantes para el porvenir de la catequesis bíblica.

Ya no podemos seguir abriendo la Biblia alegremente, en presencia de nuestros alumnos, *como si nada hubiera dicho la Iglesia a lo largo del último medio siglo*; como si permanecieran inmutables todos los criterios objetivos de interpretación; como si, subjetivamente, las circunstancias históricas de nuestros catequizandos nada hubiesen cambiado con el progreso científico y el acercamiento religioso entre los pueblos.

Quizá alguna vez en la historia resultara fácil creer, por aquello de que el factor geográfico y ambiental tuvieron su importancia en la transmisión de las ideas, inclusive religiosas. Ahora tenemos más bien la impresión de que todo se nos ha vuelto menos cómodo; una conciencia, cada vez más acusada, del *yo-personal* se enfrenta día tras día con el *nosotros-colectivo* y la actitud tradicionalista que supone (también en el campo religioso). ¿Habrà que entender este

fenómeno sólo como crisis? ¿Y por qué no como signo de cierta maduración en el tiempo? Maduración psicológica, del hombre que exige con avidez razones a la razón; y acaso también maduración religiosa, que, sólo cuando se calla la razón, juzga llegado el momento de aceptar valientemente, personalmente, la *oscuridad* de la fe. ¿Es otro, por ventura, el clima que podemos *desear* hoy en nuestros catequizandos?

LEÓN FERRERO, f.s.c.